

poder disfrutar de un excelente libro que reúne un gran reparto de actores, muchos siglos de historia, leyendas, mitos y la vida cotidiana en los pueblos de un universo muy alejado del nuestro.

Anne Staples

El Colegio de México

GUILLERMO PALACIOS (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007, 314 pp. ISBN 968-12-1256-8

Este libro comprende una incisiva y necesaria reflexión acerca del emergente campo académico ya conocido como *nueva historia política de América Latina*. Como nos informa su coordinador Guillermo Palacios, el volumen es el resultado de un coloquio internacional realizado en El Colegio de México en noviembre de 2003, *Los caminos de la democracia en América Latina, siglo XIX: revisión y balance de la "nueva" historia política*, convocado para analizar las nuevas tendencias de la historia política que comenzaron a surgir en la década de los años ochenta. En su cuidadosa introducción, Palacios ve en esta nueva historiografía una superación de la "historia nacional" y "liberal" del siglo XIX, de los determinismos materialistas de la primera mitad del siglo XX y de las subsecuentes metafísicas idealistas que intentaron reaparecer como alternativas al marxismo. Esta renovada historiografía, formada por un considerable número de obras publicadas en las últimas décadas, toma sus herramientas conceptuales de la teoría política y social contemporánea y busca reinventar la historia política latinoamericana, principalmente del siglo XIX. En este nuevo campo intelectual, conceptos como esfera pública, ciudadanía, republicanism y sociabilidad, han demostrado ser

instrumentos heurísticos sumamente fructíferos para el surgimiento de nuevas perspectivas historiográficas.

El libro opera en tres niveles. En primer lugar, ofrece un riguroso análisis reflexivo de la disciplina: de las transformaciones epistemológicas y teóricas que han tenido lugar en las últimas décadas, de las principales influencias y corrientes, así como de sus principales exponentes. Segundo, el libro aborda el debate acerca de cuál es la novedad de esta historiografía y plantea importantes preguntas: ¿qué se desprende de los trabajos? ¿Cuáles son las nuevas bases teóricas y conceptuales? ¿Se utilizan nuevas fuentes? En este nivel se sintetizan los aportes historiográficos recientes, así como las rupturas epistemológicas y temáticas con lo que vendría a ser “la vieja historia política” decimonónica y la historia social, dominante en el siglo xx. La mayor parte de las contribuciones oscilan entre estos dos niveles, donde cabe ubicar la introducción de Guillermo Palacios y los trabajos de Carlos Malamud, Marcello Carmagnani, Annick Lempérière, Erika Pani, Hilda Sabato, Virginia Guedea, Alfredo Ávila, Brian Connaughton y Elisa Cárdenas Ayala. Finalmente, el tercer nivel incluye aportes historiográficos concretos, todos ellos estudios ejemplares de esta nueva historia política, en donde cabe incluir los trabajos de Alicia Hernández Chávez, Carlos Forment, Carole Leal Curiel, Iara Lis Franco Schiavinatto e Hira de Gortari Rabiela.

La originalidad de este libro radica en el hecho de que los autores nos ofrecen un riguroso autoanálisis del estado actual del campo de la historia política en América Latina. El resultado evoca lo realizado por Pierre Bourdieu en el campo de la sociología en *Homo Academicus*, es decir, el estudio de un campo académico específico como resultado de un proceso de reflexión crítica de la práctica de investigación.¹ Más aún, al realizar su análisis,

¹ Pierre BOURDIEU, *Homo Academicus*, Stanford, Stanford University Press, 1988.

los autores están constituyendo este nuevo campo de la historiografía latinoamericana. Así, varias contribuciones al volumen identifican las principales transformaciones sociales que marcaron este significativo giro historiográfico. Específicamente, tanto Palacios como Malamud destacan el impacto de las transiciones a la democracia que tuvieron lugar en América Latina a partir de la década de los ochenta, lo cual condujo a una revaloración —y en ciertos casos a la introducción— de ciertas temáticas: la definición y formación de la democracia representativa y de la ciudadanía, el papel de la sociedad civil en el desarrollo y funcionamiento de la democracia, el surgimiento de la esfera pública, la centralidad de las asociaciones voluntarias y las instituciones intermedias en la vitalidad democrática, y las distintas formas de sociabilidad y civilidad. Todos éstos fueron temas centrales en la literatura de la transición y fueron apropiados por los principales exponentes de la nueva historia política latinoamericana para reinterpretar bajo un nuevo marco conceptual el siglo XIX latinoamericano.

Otro de los aspectos de este ejercicio reflexivo, muy relacionado con el anterior, es la referencia a las principales corrientes intelectuales que alimentaron este giro epistemológico, teórico e historiográfico. Aquí, junto a la literatura de la transición y de la sociedad civil, cabe destacar la centralidad del “giro lingüístico” que tuvo lugar en las ciencias sociales y el impacto que sin duda ha tenido en la historiografía latinoamericana. En este punto, cinco escuelas (todas ellas de una manera u otra también relacionadas entre sí) son las que han marcado los principales lineamientos de esta nueva historia política. Primero, la literatura sobre la esfera pública, tipo ideal introducido por Jürgen Habermas y aplicado al contexto hispánico por François-Xavier Guerra en su influyente obra *Modernidad e independencias*.² Segundo, la Cam-

² Jürgen HABERMAS, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, Mass.,

bridge School, liderada por Quentin Skinner, quien plantea que el método apropiado para el estudio de la historia de las ideas es “esencialmente lingüístico” y llama a la adopción de un enfoque que revalore la noción de intencionalidad y analice el fenómeno de las innovaciones conceptuales en ciertos momentos históricos, así como las relaciones entre cambios lingüísticos e ideológicos.³ Tercero, varios de los autores de este volumen destacan el influjo de la historiografía francesa —principalmente de François Furet, Mona Ozouf, Pierre Rosanvallon y Keith Baker— y la necesidad de reinterpretar la revolución bajo una nueva luz conceptual. De la mano de pensadores liberales-conservadores como Alexis de Tocqueville y Augustin Cochin, Furet, el fundador de esta historiografía, propone abandonar el paradigma de la historia social y del conflicto de clases y ver la revolución como una dinámica discursiva que reemplazó el apego al absolutismo monárquico por el de la soberanía popular y creó nuevas formas de sociabilidad revolucionaria en los clubes políticos del periodo.⁴ Cuarto, se presenta el tema del republicanismo, surgido principalmente en la historiografía política estadounidense como un nuevo marco conceptual orientado a revisar la historiografía liberal. En esta escuela cabe mencionar el trabajo pionero de Bernard Bailyn, quien reinterpretó los orígenes ideológicos de la revolución estadounidense, y las contribuciones de J. G. A. Pocock —también integrante de la Cambridge School— y de Gordon

MIT, 1991. François-Xavier GUERRA, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre la revoluciones hispánicas*, México, Mapfre, Fondo de Cultura Económica, 2003. Para la influencia de este concepto en América Latina, véase Elías José PALTÍ, “Recent Studies on the Emergence of a Public Sphere in Latin America”, en *Latin American Research Review*, XXXXI:2 (2001), pp. 255-266.

³ Quentin SKINNER, *Visions of Politics*, vol. I, *Regarding Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

⁴ François FURET, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978.

Word.⁵ Finalmente, cabe destacar el tema de la secularización, es decir la discusión sobre la dinámica entre religión y modernidad, uno de los debates centrales de la sociología contemporánea, que adquiere particular complejidad en el contexto de las revoluciones hispanoamericanas como lo muestran las contribuciones de Brian Connaughton, Elisa Cárdenas Ayala y Carlos Forment.⁶

El reconocimiento de la influencia de corrientes teóricas extranjeras —por cierto, considerando la trayectoria de los autores de este volumen cabe mencionar que han sido educados o mantienen redes con universidades estadounidenses y europeas— inmediatamente conduce al recurrente problema de la imitación de modelos externos y la tensión intelectual, interpretativa, y porque no, científica, que esto implica. Y si bien, como indica Palacios, la nueva historia política plantea principalmente una revisión del modelo estadounidense del liberalismo (p.16), no ha habido un abandono, sino un desplazamiento en los modelos que continúan siendo europeos o estadounidenses. Por ejemplo, el surgimiento de la esfera pública burguesa en Francia (Habermas), el papel de la sociedad civil en el desarrollo de la democracia en Estados Unidos (Alexis de Tocqueville), el rol de innovaciones conceptuales en la revoluciones en Europa (Skinner), el desarrollo histórico de

⁵ Bernard BAILYN, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Harvard University Press [1967], 1992. Gordon WOOD, *The Creation of the American Republic*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1969. J. G. A. POCOCK, *The Machiavellian Moment, Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Oxford, Princeton University Press [1975], 2003. Para una revisión de esta literatura véase Isaac KRAMNICK, “Republican Revisionism Revisited”, en *American Historical Review*, LXXXVII:3 (jun. 1982), pp. 629-664.

⁶ Para este debate en el contexto de la sociología contemporánea y específicamente para la discusión sobre modernidad y secularización, véase José CASANOVA, *Public Religions and the Modern World*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

la ciudadanía en Inglaterra (T. H. Marshall), entre otros muchos, son modelos teóricos frecuentemente utilizados por la nueva historia política latinoamericana. Aquí hay un potencial problema: la utilización de teorías y conceptos pensados para otras sociedades e introducidos de manera acrítica al discurso historiográfico o la inversión de estos modelos para América Latina, es decir, esta última tomada como un caso negativo de estas teorías.

El desdibujamiento de las fronteras disciplinarias es otro tema que surge de este análisis reflexivo. Varios autores del volumen coinciden en que hay predisposición por parte de esta nueva generación de historiadores a tomar prestadas algunas herramientas de las teorías sociológica y política. Por ejemplo, en su contribución, Alfredo Ávila destaca que en la formación de este nuevo campo de producción historiográfica “han sido importantes la investigación documental, la apertura de nuevas temáticas, pero sobre todo la elaboración de hipótesis e interpretaciones surgidas de un mayor contacto con otras disciplinas” (p. 112). O como lo indica Sabato, “esta historia política realmente se ubica en el cruce entre sociología política e historia tanto en referencias teóricas como metodológicas” (p. 85). Sin embargo, aquí surge el primer interrogante en torno de esta nueva historia política: ¿hasta qué punto esta interdisciplinariedad es tan novedosa? La historia social marxista del siglo xx tomó muchos de sus elementos conceptuales de la sociología. Más aún, se le criticó que su determinismo teórico con frecuencia nubló la historia en sus manifestaciones concretas. Este viejo reproche se replica en torno de la nueva historia política la cual parece estar más motivada por la teoría que por la narrativa histórica. Es decir, en la tensión entre modelos conceptuales y énfasis en el detalle histórico, los autores de la nueva historia política parecen inclinarse hacia los primeros. La tradicional preocupación historiográfica en torno de las fuentes ha sido remplazada por una discusión en torno de tipos ideales y conceptos. En esta nueva historiografía, se observa mayor interés

por la innovación conceptual que por la narrativa e interpretación histórica *per se*.

Un movimiento interesante es la ruptura con algunas presuposiciones de la “vieja” historiografía latinoamericana. Al respecto, Malamud observa que “Es evidente la carga negativa con que han sido tradicionalmente analizados los fenómenos políticos latinoamericanos” (p. 25). En este contexto, la nueva historia política inaugura una perspectiva desprejuiciada y fresca. Por ejemplo, la contribución de Erika Pani nos muestra cómo abandona por un lado la historia patriótica acrítica decimonónica, es decir, la historia de “los grandes hombres” y “hazañas”, y por el otro extremo, también se anima a abandonar la premisa de que el siglo XIX hispanoamericano se trató de un desierto político poblado únicamente por caudillos, dictadores y masas pobres e ignorantes. Pani señala cómo la multiplicación de posibilidades interpretativas, los nuevos matices y la creciente utilización de la historia comparada han contribuido a crear este nuevo campo historiográfico (pp. 67-69).

El segundo nivel de análisis de este excelente volumen consiste en una cuidadosa reseña de los principales aportes de esta nueva historia política. Muchas de estas contribuciones identifican las grandes temáticas de esta historiografía: la reinterpretación de los procesos de independencia, la formación de la vida pública, la construcción del Estado y la nación, la ciudadanía, las relaciones entre sociedades civil y política, la construcción y legitimación del poder político y los lenguajes políticos. Los autores coinciden en que la revisión del proceso de independencia en Hispanoamérica ha sido el gran tema de la nueva historia política. Por ejemplo, Virginia Guedea analiza la historia política reciente sobre el proceso de emancipación en México. Es interesante destacar que Guedea promueve la interpretación de independencia como un proceso político, que tiene como eje principal la lucha por el poder. Así, la autora sugiere un debate con la interpretación de

la independencia por parte de François-Xavier Guerra como revolución cultural.⁷ Como insistiré mas adelante, esto revela una tensión que comienza a surgir en el campo de la nueva historia política, es decir, un llamado a abandonar el paradigma cultural y retomar la discusión del poder.⁸ Guedea también identifica dos grandes vertientes en el estudio de la emancipación mexicana. Por un lado, los nuevos estudios sobre la insurgencia novohispana e implantación del sistema constitucional, y por otro, la historiografía que enfatiza el impacto del liberalismo hispánico en la Nueva España, según la autora, un área negada, ya que la historiografía tradicional se concentró en el movimiento insurgente. La influencia gaditana, principalmente a partir de los trabajos de Guerra y Antonio Annino, gradualmente se ha constituido en una de las premisas más aceptadas de la nueva historia política. Sin embargo, no por ello deja de ser problemática. El énfasis en la “revolución hispánica” y en el imaginario político común entre la Península y América auspiciado entusiastamente por Guerra y continuado por los principales exponentes de la nueva historia política tiende a opacar el proceso de independencia y a otras fuentes ideológicas que fueron decisivas en el proceso de emancipación hispanoamericano. En este mismo volumen, en su im-

⁷ François-Xavier GUERRA, *Modernidad e independencias*.

⁸ Uno de los críticos más fuertes de este paradigma culturalista es José Antonio Aguilar, ausente en este volumen. Aguilar plantea: “las explicaciones que privilegian aspectos culturales han disfrutado de demasiada ascendencia por demasiado tiempo. Debido a su determinismo han contribuido al empobrecimiento de la historia intelectual y política”. Sin embargo, Aguilar destaca que la literatura en torno de la ciudadanía, el espacio público y el republicanismo característica de la nueva historia política ha comenzado a abandonar el enfoque cultural. José Antonio AGUILAR, “Dos Conceptos de República”, en José Antonio AGUILAR y Rafael ROJAS (eds.), *El Republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, México, Fondo de Cultura Económica, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2002, pp. 82-83.

pecable capítulo sobre la Sociedad Patriótica de Caracas, Carole Leal Curiel analiza el jacobinismo de dicha asociación. Por otro lado, basta leer los escritos de autores tales como fray Servando Teresa de Mier o el deán Gregorio Funes para convencerse de que Cádiz, en muchos casos, fue visto como un proceso reaccionario por los principales intelectuales y actores de la independencia en Hispanoamérica.⁹

Finalmente, en un tercer nivel, el libro incluye cinco estudios que constituyen ejemplos representativos de esta nueva historia política. El trabajo de Alicia Hernández Chávez puede ser localizado en el campo emergente de la historia conceptual. La historicidad del lenguaje político se ha convertido en uno de los fundamentos metodológicos de la nueva historia política, y este capítulo es un excelente ejemplo de esta nueva historiografía. Hernández Chávez analiza la tensión entre monarquismo y republicanismo en el proceso de independencia en México a través de un detallado estudio del vocabulario político de la época. La autora hace un fascinante recorrido por medio de los significados y mutaciones de la “idea de república,” y de conceptos como patria, nación y pueblo. Según Hernández Chávez, para que la república moderna como forma de gobierno basada en la separación de poderes y en la libertad e igualdad política fuera viable, se debieron dejar atrás los antiguos conceptos como la religión única, la unidad entre Estado e Iglesia, y las formas corporativas,

⁹ Fray Servando Teresa de MIER, “Idea de la Constitución dada a las Américas, por los reyes de España antes de la invasión del antiguo despotismo”, en Servando Teresa de MIER, *Obras Completas*, IV *La Formación de un Republicano*, introducción, recopilación, edición y notas de Jaime E. RODRÍGUEZ O., México, Universidad Nacional Autónoma de México [1813], 1988, pp. 33-80. “Escritos Políticos del Deán Gregorio Funes (1810-1811)”, en *Estudios, Revista del Centro de Estudios Avanzados*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 11-12 (ene.-dic. 1999), pp. 125-198.

pasando antes por la idea de monarquía moderada, una tradición particularmente fuerte en la Nueva España (pp. 160-161). Y si bien menciona que también fue necesario que las élites gobernantes y las clases populares se movieran en esa dirección, el trabajo de Hernández Chávez es una muestra de que la nueva historia política tiende a exagerar el potencial explicativo de las transformaciones conceptuales (p. 169). Es decir, alerta sobre un problema teórico-metodológico al sugerir que las transformaciones políticas son producidas por mutaciones conceptuales y discursivas que básicamente implican el abandono de significados clásicos o tradicionales y la adopción de otros modernos. La pregunta que sigue es entonces, ¿qué produce las transformaciones conceptuales? Los cambios en los significados de los conceptos no son tan dicotómicos (tradición/modernidad). Tampoco se pueden explicar los eventos políticos recurriendo únicamente a mutaciones del lenguaje, al eliminar los procesos sociológicos que subyacen a la explicación histórica.¹⁰

Los sólidos artículos de Carlos Forment y Carole Leal Curriel abordan el tema de la sociedad civil; rompen con arraigados prejuicios al mostrar la vitalidad de las asociaciones políticas y civiles en la etapa poscolonial en Hispanoamérica, lo cual tuvo un impacto decisivo en la formación de los nacionalismos y la democracia. El elegante trabajo de Ira Lis Franco Schiavinatto, también se ubica en la intersección entre sociabilidad y formación de la esfera pública al analizar el lenguaje de los himnos, proclamaciones, juramentos, gestos y celebraciones que se enunciaron en la plaza pública en Rio de Janeiro en el periodo de 1810-1830 y que marcaron la transición del absolutismo al constitucionalismo, y la transferencia de propiedades políticas y simbólicas del

¹⁰ Un problema similar presenta la metodología sugerida recientemente por Elías J. Palti. Véase Elías J. PALTÍ, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007.

monarca a la Constitución. Por otro lado, el trabajo de Hira de Gortari Rabiela adopta un enfoque mucho más institucionalista, muy poco explotado aún por la nueva historia política. El autor aborda el proceso de formación del Estado federal mexicano y su organización territorial a partir de un análisis de las constitucionales estatales y las leyes que conformaron su arquitectura institucional.

Al tratarse de una crítica reflexiva, los autores de este volumen plantean algunas de las limitaciones de la nueva historiografía política. Muchos artículos identifican las lagunas de este nuevo campo académico. Guedea plantea la necesidad de explorar temas como la “soberanía” y la “legitimidad”. Carmagnani propone “internacionalizar la historia política latinoamericana”, es decir analizar el papel de los países latinoamericanos en la historia mundial y el fenómeno de la interconexión entre América Latina y el mundo, aunque curiosamente no considera ni la teoría histórica del desarrollo, ni la teoría de la dependencia, que en sus últimas etapas tuvo una tendencia más política. También plantea la necesidad de fortalecer “el estudio comparado de los sistemas políticos en el ámbito latinoamericano” (p. 33). En su artículo sobre el déficit en lo estudios históricos acerca del fenómeno estatal, Lemperrière coincide en que “la contribución de los historiadores [en torno de la formación del Estado decimonónico] sigue siendo escueta, sobre todo en el momento de proponer síntesis y perspectivas comparativistas de conjunto” (p. 46).

En su artículo, Sabato señala que “los clásicos estudios sobre líderes y partidos, instituciones estatales y agencias de gobierno se han visto desplazados —quizás en exceso— por la preocupación por cuestiones referidas a las prácticas de participación, a los comicios, las redes políticas y las clientelas electorales; a la estructura y actividad de las milicias; a las formas de acción y movilización colectivas de la población, y a la constitución del movimiento asociativo, entre otras” (p. 87). Este pasaje indica lo

que se ha ganado con la nueva historia política, pero también lo que se ha sacrificado. Uno de los asuntos pendientes de la historia política actual es retomar el estudio de las instituciones políticas, las formas de gobierno y el Estado, pero también los viejos temas de la política latinoamericana: la guerra, el militarismo, la dictadura y el caudillismo bajo una nueva luz teórica y metodológica. Está haciendo falta la recuperación y vinculación con la “vieja” historia política. Como sugieren las contribuciones de Ávila, Guedea, Pani y Connaughton, la historiografía política latinoamericana no empezó en la década de los ochenta ni con la obra de Guerra. Desde el punto de vista del rigor en la interpretación histórica hay una profunda necesidad de volver a ciertos textos clásicos y de recuperar una vasta, pero casi abandonada tradición historiográfica.

Finalmente, surge un cuestionamiento central que se está gestando desde dentro del campo de la historia política, y que en el libro es abiertamente formulado por Erika Pani: ¿cuán política es la nueva historia política? En su introducción, Palacios observa que “la revitalización de la historiografía política en América Latina [...] se hizo [...] desde la perspectiva del estudio prioritario de la cultura, tanto popular como de las elites, en cuanto base y centro de la acción política” (p. 16). Esta observación conduce al centro de un interrogante: ¿hasta que punto la “historia política” se ha emancipado de la cultural? Las temáticas predilectas de la nueva historia política parecen indicar que aún hay camino por recorrer para desprenderse del todo del enfoque culturalista. Este desafío, sugerido en muchos ensayos de este meritorio volumen, es un llamado a los historiadores a ser más políticos en sus análisis e interpretaciones históricas.

Victoria Crespo

New School for Social Research